

Potenciar y transmitir la fe (I)

«... así también os envió yo» (Jn 20, 21)

En el contexto de la II Asamblea General de la ACG se me ha pedido que haga una reflexión que ayude a contextualizar los retos que entre todos abordamos. Mi fuente ha sido, fundamentalmente, el plan pastoral de mi diócesis «Fortalecer y transmitir la fe» (2006-2009). También he «bebido» en documentos de la Iglesia como la exhortación apostólica «Evangelii Nuntiandi» y el CLIM (Cristianos Laicos Iglesia en el Mundo). En este número, invito a la autorrevisión. Hay que entenderlo desde un punto de vista constructivo pero, a la vez, exigente. Hay mucho y bueno en la ACG. Esto se mueve por la fe palpable y sincera de sus miembros. No la descuidemos, y fortalezcamos aquellos

aspectos que tengamos menos trabajados. Para que las personas indiferentes vuelvan su mirada hacia la Iglesia tienen que ver en nosotros la fuerza de los santos, hombres y mujeres de Dios, que llamaban la atención gracias a que hicieron realidad esa síntesis fe-vida que buscamos. Para mirarnos hacia dentro hace falta humildad, que no pesimismo, apertura a las llamadas que Dios nos hace y confianza en su Amor. En la próxima revista animaremos a la misión, al reto que supone anunciar el Evangelio en esta sociedad que parece que no nos quiere escuchar. Pero Dios siempre se abre camino. En clave de servicio, trabajemos en nuestras parroquias en la construcción de su Reino y no tengamos miedo a transmitir nuestro tesoro, nuestra Fe.

A. Necesidad de auténticos testigos para evangelizar

A1. El contexto actual: una oportunidad para revitalizar y transmitir nuestra fe

«Pablo se puso en medio del areópago y tomó la palabra» (Hech 17, 22)

En la realidad que nos toca vivir, Dios nos llama a su encuentro y nos envía a anun-

ciarlo a través de nuestras obras y palabras. Aquí, en nuestro entorno, llevamos varios años escuchando que estamos inmersos en una profunda crisis socioeconómica; más aún, se afirma que la crisis afecta a casi todos los sectores de nuestra vida. En concreto, muchos de los puntos de referencia éticos y religiosos, antes incuestionados, se perciben ahora caducos e inadecuados. La fe se restringe al ámbito de lo privado



y cuesta mantener una adhesión firme. Nuestra sociedad tiende a funcionar como si Dios no existiera. Así lo apuntaba el papa Juan Pablo II en la exhortación apostólica post-sinodal *Ecclesia in Europa* (28 junio de 2003):

«En la raíz de la pérdida de la esperanza está el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo. Esta forma de pensar ha llevado a considerar al hombre como el centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar así falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre. El olvido de Dios condujo al abandono del hombre, por lo que, no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo, en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta del hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria. La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera».

Pero no nos quedemos con una visión pesimista de nuestro mundo. Podemos encontrar muchos signos evangélicos en él. Tenemos una gran oportunidad de autocuestionarnos, renovarnos y responder a la llamada. «Vivida en positivo debemos sentirnos impulsados a redescubrir, en la nueva situación, que nuestra acción pastoral será “nueva” siempre que

vuelva a vivir la novedad del Evangelio en la comunión de la Iglesia, siempre que sea fiel a su naturaleza profunda de ser respuesta a la llamada del Señor y obediencia a su envío en medio del mundo. Y que, sin embargo, seguirá siendo “vieja” siempre que quede atada o anquilosada en esquemas ideológicos u organizativos caducos, ya sean antiguos o recientes, ya sean conservadores o progresistas. Lo decisivo es adentrarse en lo profundo y descubrir una y otra vez la novedad del Evangelio vivido en la comunión de la Iglesia, también en esta situación de cambio que nos toca vivir»¹.

Hoy día no podemos dar la fe por supuesta, ni siquiera entre nosotros. Los tradicionales canales transmisores de la fe se están perdiendo. Apenas se habla de Dios en la familia, en el colegio, en los medios de comunicación... Hace décadas esto sí se hacía. En cierto modo, lo que faltaba era llevarlo más a la vida, por lo que se buscaba poner el acento en la acción y el compromiso. Pero, en el fondo, lo que nos cuesta es vivir la fe con integridad, cuidando todas sus dimensiones e implicaciones. Este es el quid de la cuestión, antes, ahora y siempre.

A2. Llamados a fortalecer nuestra fe...

«No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20)

No es casualidad que estemos celebrando «el año de la Fe». Tampoco que la última encíclica se llame «La luz de la Fe». En un mundo que se aleja de sus tradiciones cristianas lo fundamental no es buscar acciones o planes innovadores, lo importante es que surjan verdaderos hombres y mujeres de Fe. Aun pareciendo una afirmación obvia no es fácil hacerla realidad. A menudo, envueltos por

¹ Plan Pastoral Diocesano «Fortalecer y transmitir la fe» (2006-2009), p. 66. Diócesis de Málaga.

este clima de secularización y embarcados en tantas tareas, olvidamos lo fundamental: cuidar nuestra experiencia de fe. La Fe es DON: Dios lleva la iniciativa, se revela, nos llama. La Fe es GRACIA: un camino hacia la felicidad y la plenitud. La Fe es ENCUENTRO: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»².

Como nuestro nombre indica, los cristianos tenemos una gran suerte, tenemos un referente claro, una orientación, una Luz, un Camino: Cristo. Este es nuestro tesoro. Lo hemos recibido gracias a la Iglesia, que durante dos mil años lo ha transmitido de generación en generación. Nuestro objetivo común es caminar hacia Él, hacia la santidad, que nuestras parroquias sean verdaderas escuelas de santidad.

Esto reclama atender a seis tareas permanentes:

² BENEDICTO XVI, carta encíclica *Deus Caritas Est*, 1

- I. Profundizar en el contenido de nuestra fe.
- II. Vivir la celebración de los sacramentos.
- III. Cuidar la formación moral como seguimiento de Cristo.
- IV. Orar.
- V. Educar para la vida comunitaria.
- VI. Emplearnos con dinamismo misionero.

Y dejar a un lado cualquier parcialización o reduccionismo. Todas estas dimensiones son cardinales. Hay que cuidarlas con equilibrio y dedicación. Pues en una sociedad relativista tendemos a quedarnos con lo que nos gusta. Esto nos lleva a poner énfasis en aquellas tareas con las que nos sentimos más cómodos. Debemos superar debates como: ¿Somos Acción o somos Católica? ¿Somos capillitas o misioneros? ¿Rojos o azules?... Y apostar por un verdadero equilibrio:

«vocación a la santidad y misión de santificar el mundo; ser miembro de la comunidad eclesial y ciudadano de la sociedad civil; condición eclesial e índole secular, en la unidad de la novedad cristiana; solidario con los hombres y testigos del Dios vivo; servidor y libre; comprometido en la liberación de los hombres y contemplativo; empeñado en la renovación de la humanidad y en la propia conversión personal; vivir en el mundo, sin ser del mundo, como el alma en el cuerpo, así los cristianos en el mundo»³.

La verdadera síntesis Fe-Vida no deja de lado ninguno de los seis aspectos antes reseñados. Y aunque en el mundo de las ideas parece que todos estamos de acuerdo, en la práctica nos cuesta mucho cambiar de rutinas e inercias...

¿Cuidamos la formación en nuestras parro-

³ CLIM, 77.

quias? ¿Se está dando respuesta a la creciente incultura religiosa? ¿Somos capaces de transmitir los contenidos de la fe de manera inteligible y hacerlos vida? La Acción Católica tiene mucho que aportar en este campo. Tiene una gran experiencia metodológica que ayuda a aterrizar los conceptos fomentando la participación y reciprocidad. En mi opinión, hay que apostar por la sistematicidad para poder alcanzar una cosmovisión de lo que significa Ser cristiano. Defiendo al IFCA como instrumento «imprescindible» para la formación de adultos con cierto recorrido (y no sólo de Acción Católica) y me parece urgente disponer de medios similares para la formación de niños-jóvenes. Esto no quita que se intercalen este tipo de materiales con sesiones de revisión de vida, u otros medios que nos permitan tratar en los grupos temas de actualidad a luz del Evangelio y del magisterio de la Iglesia. En la sociedad continuamente aparecen problemas que requieren una reflexión y un posicionamiento activo por parte de los cristianos.



¿Cómo celebramos los sacramentos? ¿Le damos importancia y consideración a los siete? ¿Ofrecemos una buena formación litúrgica que ayude a entender y vivir lo que se celebra? ¿Fomentamos la preparación y participación de todas las edades?

¿Caminamos en el seguimiento de Cristo? ¿Somos capaces de romper con los modelos de conducta incompatibles con la fe? ¿Tene-

mos presentes los mandamientos, las bienaventuranzas, el Magisterio de la Iglesia tanto en lo personal como en lo social...?

¿Son nuestras parroquias «casas y escuelas de oración»? ¿Dedicamos tiempos y espacios de calidad para la oración? ¿Hablamos con Dios con sencillez y cotidianeidad? ¿Sabemos enseñar a rezar a niños, jóvenes y adultos?

¿Son nuestras parroquias «casas y escuelas de comunión»? En una parroquia convergen diversos ministerios y carismas, ¿lo vemos como una riqueza o como una competencia? ¿Con complementariedad o distanciamiento? ¿Vivimos cerrados en nuestros grupos o somos abiertos y acogedores? ¿Nos sentimos comunidad en la Eucaristía? ¿Ofrecemos nuestros talentos? ¿Actuamos en clave de servicio a la comunidad? ¿Planificamos, revisamos, organizamos y trabajamos en común?

¿Son nuestras parroquias «casas y escuelas de misión»? ¿Hacemos una «pastoral de mantenimiento»? ¿Dedicamos personas a estar con niños, jóvenes y adultos en clave de primer anuncio? ¿Desarrollamos (como comunidad) acciones en clave misionera? ¿Damos respuesta a las necesidades y vacíos de las personas del entorno? ¿Nos encarnamos en el territorio de la parroquia?

Estas y otras muchas preguntas podemos plantearnos al revisar cómo se viven y cuidan en nuestro día a día las tareas permanentes de la fe. Escrito así parece que estemos afrontando un examen y puede transmitir negatividad. Muy injusto y limitado sería nuestro análisis si no valoramos todo lo bueno que tienen nuestras comunidades. En todos los campos anteriores podemos encontrar multitud de experiencias de Dios. Cuántas personas nos ofrecen un testimonio verdaderamente cristiano a través de las mismas. Cómo la Acción Católica a lo largo de su historia ha tratado y procura ser escuela de oración, comunión y misión. Cuántos medios tenemos a nuestro alcance para cultivar todas esas dimensiones...



Lo que aquí se plantea es no enfrascarnos, en un principio, en «buscar actividades pastorales nuevas», sino «hacer nuevas las actividades pastorales» que cotidianamente desarrollamos. ¿Cómo lograr esto? Tratando de que las actividades pastorales que realicemos fortalezcan nuestra propia fe y faciliten el anuncio y la transmisión de la misma. En definitiva, es una llamada a la AUTENTICIDAD. En un ejercicio de humildad, sinceridad y autoanálisis, buscamos ser más radicales: que nuestra raíz, Cristo, nutra toda nuestra existencia, nos ayude a crecer de forma íntegra y nos dé la fuerza para trabajar en la construcción de su Reino, atendiendo, en primer lugar, a aquellos que más lo necesitan.

Para ello, cuidemos ciertas herramientas básicas en nuestros procesos:

- **La atención a la Palabra de Dios**

La Palabra debe alumbrar todo: oración, formación, acción... Tenerla siempre presente y contrastar con ella nuestra realidad. No podemos relativizarla: quedarnos con las lecturas que más nos gusten, interpretarla desde una óptica narcisista... Hemos de familiarizarnos con ella, conocer sus libros, contextualizarlos. Ofrezcamos una buena formación bíblica de niños a adultos. [Para ello, sería bueno proponer una selección de recursos adecuados a las diferentes edades y procesos. Habituémonos individualmente y en grupo a hacer Lectio Divina; sería una

gran riqueza; es un gran método de oración que nos ayuda a hacer viva la Palabra.]

- **Ahondar en la clave vocacional**

Como ya hemos apuntado, hoy es fundamental revisar en profundidad nuestros cimientos, nuestra base de fe. Contestar a preguntas como *¿Por qué creo y en qué creo? ¿Quién es Cristo para mí?* es el primer paso. Pero esto nos llevará, como hombres y mujeres de fe, a otra cuestión esencial: *Señor, ¿qué quieres de mí?* Poner nuestra vida en sus manos y confiar en Él son actitudes que deben ser inmanentes a nuestros proyectos y trabajos. Para ahondar en ello también sería bueno hacer acopio de recursos bibliográficos y trabajarlo a fondo de forma individual y grupal. En concreto, es un aspecto crucial en los procesos juveniles.

- **Proyectos de vida rezados y que atiendan a las seis tareas permanentes de la fe**

El proyecto de vida cristiana es un medio para equilibrar las dimensiones e implicaciones de la fe en nuestro proceder. No se debe descafeinar; merece hacerse con tiempo y meditación, rezarlo y partir siempre desde lo que Dios me pide. Tenemos que asegurar que se cuidan las seis tareas antes reseñadas; no pasar de soslayo por ninguna de ellas. A la hora de compartirlo busquemos también tiempos y espacios de calidad.

- **Equipos de vida más interpeladores**

El equipo es la estructura más importante dentro de la organización de la Acción Católica General. Un grupo serio y comprometido que cultive **todas** aquellas dimensiones nos empuja a vivir con coherencia y profundidad nuestra fe. Con un clima de confianza, conocimiento y fraternidad adecuado podemos ayudarnos unos a otros a ser consecuentes con lo que profesamos. Más que cualquier reflexión que llegue de fuera, lo que nos ayuda a no descarrilar es rezar, dialogar y trabajar, cara a cara o codo con codo, con personas que me conocen y me quieren. Para hacerlo realidad es preciso compartir nuestra vida y tener la valentía de interpelarnos

| Desde la vida: Ver-Juzgar-Actuar |



con profundidad y respeto. [Si en un equipo no están asumidas cuestiones como la comunión cristiana de bienes u ofrecer la disponibilidad para distintas tareas, difícilmente podrán darse en esferas organizativas más generales.]

• **Acompañamiento-Dirección espiritual de forma individual**

El acompañamiento grupal no cubre totalmente las necesidades de un proceso personal de maduración en la fe. Hay temas, problemas o inquietudes que no salen en reuniones de varias personas. Pueden no ser apropiadas, que no sea el momento de compartirlas o, simplemente, que pertenezcan a una índole muy personal. Tener cerca un director espiritual o una persona que nos acompañe y ayude a discernir lo que Dios nos está diciendo es necesario. El papel del consiliario es importante en este punto.


• **Una planificación de reuniones equilibrada**

Para velar por tantos aspectos es preciso articular una secuenciación de reuniones donde se cuiden todas las dimensiones de la fe. Como botón de muestra, suponiendo cuatro reuniones al mes, podría valer algo así:

- 1.º semana: Oración (oración, lectio divina, ...)
- 2.º semana: Formación sistemática (IFCA)
- 3.º semana: Compromiso-Formación libre (preparación de acciones evangelizadoras, revisión de vida con temas de actualidad o que interesen al grupo...)
- 4.º semana: Formación sistemática (IFCA)

En la práctica, todos los aspectos aparecen en cierta medida en cualquier reunión. Por ejemplo, en una reunión del itinerario hacemos oración, atendemos a la Palabra, aterrizamos con compromisos... Pero, es importante darles espacios amplios, y de calidad, a todas las dimensiones. Es cuestión de acentos y de buscar medios adecuados a cada matiz.

• **Compromiso evangelizador-Acciones transformadoras**

A este punto le vamos a dedicar una especial atención en la próxima revista. Tras resaltar la importancia de cuidar y fortalecer nuestra fe, nos adentraremos en cómo proponerla y transmitirla desde el ámbito de la parroquia. 

Primer cuestionario:

Revisa cómo cuidas las seis dimensiones de nuestra fe antes especificadas. ¿A cuáles le prestas más atención? ¿Y menos? Aporta un hecho concreto donde se ponga de manifiesto cómo cuidas (o no cuidas) una de esas dimensiones.

A la luz del pasaje del Evangelio (Lc 17, 5-6) y tras la reflexión aquí compartida, ¿qué actitudes y medios nos pueden ayudar a «aumentar nuestra fe»?

Establece un compromiso concreto enfocado a tratar de vivir la fe con mayor plenitud e integridad.

Atonio Muñoz Varo
 Responsable de adultos de la ACG
 (Continúa en el próximo número)